

.....

Alfredo Ferrara. Doctorado en Teorías y Filosofía Sociales Contemporáneas en la Università degli Studi di Bari “Aldo Moro” en 2015. Fue becario en el Istituto Italiano di Studi Storici, en el Istituto Italiano di Studi Filosofici, así como en el postdoctorado de la Scuola Superiore per gli Studi Storici - Università degli Studi della Repubblica di San Marino. Tratando temas en la encrucijada de la ciencia política, la sociología, la historia y la filosofía política, estudia las teorías de transición de Gramscia y los procesos de subjetivación, sobre todo vinculados a la experiencia laboral en el neoliberalismo. Actualmente es experto de la asignatura en Ciencias Políticas y Filosofía Política en el Dipartimento di Scienze Politiche dell’Università degli Studi di Bari “Aldo Moro”. Es editor del volumen colectivo *Prospettiva Gramsci. Dialoghi tra il presente e un classico del Novecento* (2015).
Contacto: ferraraalfredo@hotmail.com

.....

LA LUCHA DE CLASE DESDE ARRIBA Y EL ENIGMA DEL CONSENSO NEOLIBERAL¹

Alfredo Ferrara

Università degli Studi di Bari "Aldo Moro"

THE CLASS STRUGGLE FROM ABOVE AND THE ENIGMA OF THE NEOLIBERAL CONSENSUS

Resumen

Este artículo aborda el proceso de transición política y social en los países occidentales desde principios de los años 70. El análisis se basa en la teoría de la transición de la lucha de clases desde arriba, según lo propuesto por el sociólogo italiano Luciano Gallino. Después de una breve biografía intelectual, así como una introducción a su teoría, el artículo analiza el consenso social y político que el neoliberalismo, la ideología detrás del concepto de lucha de clases desde arriba, logró tanto engendrar como gobernar en las últimas tres décadas. Las razones detrás de este éxito, se argumenta,

1. Fecha de recepción 8 de febrero 2019; fecha de aceptación 22 de febrero 2019. Este artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollando con el Dipartimento di Scienze Politiche, Università degli Studi di Bari "Aldo Moro".

se encuentran en la capacidad neoliberal de dar forma a las demandas y necesidades planteadas por las sociedades occidentales durante los Gloriosos Treinta de manera individual y competitiva.

Palabras clave

Teoría de la transición, neoliberalismo, de lucha de clases.

Abstract

This paper deals with the process of political and social transition in Western countries from the beginning of the 70s. The analysis draws from the transition theory of the class struggle from above, as proposed by Italian sociologist Luciano Gallino. After a short intellectual biography, as well as an introduction to his theory, the paper discusses the social and political consensus that neoliberalism – the ideology behind the concept of class struggle from above – managed to both engender and govern over the last three decades. The reasons behind this success, it is argued, lie in the neoliberal capability to shape the demands and needs put forth by Western societies during the Glorious Thirty in an individual and competitive fashion.

Keywords

Transition theory, neoliberalism, class struggle.

La lucha de clases desde arriba y el enigma del consenso neoliberal

Por mucho tiempo el concepto de lucha de clase no perteneció al debate de las ciencias políticas y sociales, y solo sobrevivió entre los historiadores –que lo encerraron en un pasado no demasiado lejano, pero de todas formas decaído– o en reducidos nichos de pensadores y estudiosos marxistas que no habían participado en el rito colectivo de la abjuración al que la mayoría de sus colegas se había afiliado entusiástica y apresuradamente. Este eclipse teórico llevaba gestándose desde hace mucho tiempo. En 1960, al hablar de las transformaciones en marcha en la política occidental durante las décadas sucesivamente llamadas con una afortunada expresión, “los Treinta gloriosos”, Seymour Martin Lipset escribió que aquel que definía el “very triumph of the democratic social revolution” había puesto punto final a la “domestic politics for those intellectuals” que necesitaban de “ideologies or Utopias to motivate them to political action” (Lipset, 1960, p. 406). Aunque utilizaba de forma indistinta la expresión “ideologies or Utopias”, es imposible no ver en aquellas palabras una cancelación sobre todo del materialismo histórico: si la cuestión social había sido solucionada por el triunfo de la “democratic social revolution”, los instrumentos teóricos que se proponían analizar las cuestiones materiales, las desigualdades, la división de la sociedad en clases y los conflictos consiguientes se convertían todos en irremediablemente obsoletos e inútiles.

En el debate italiano sobre las transformaciones actuales, una imprevista y eficaz interrupción de esta continuidad teórica estuvo representada en 2012 por la publicación de un libro-entrevista titulado *La lotta di classe dopo la lotta di classe* (Gallino y Borgna, 2012). Uno de los autores era el sociólogo italiano más autorizado: Luciano Gallino tenía ochenta y cinco años cuando murió en 2015. La tesis en la que se fundamentaba el libro era que, a partir de los años ochenta, la lucha de clase no acabó, sino que cambió el sujeto que la hacía triunfantemente. El hecho de que fuera Luciano Gallino en sostener esta tesis no es un detalle secundario: no siempre conocer la biografía intelectual de un estudioso añade algo a la interpretación de su obra, pero este caso es diferente. De ahí que, antes de entrar en sus tesis, nos detengamos en este autor.

Luciano Gallino y la compatibilidad entre capitalismo y desarrollo humano

Gallino no pertenecía a ninguna de las categorías que ha seguido empleando el concepto de lucha de clase, pero era un sociólogo que también se había formado intelectual-

mente en una anómala empresa italiana, Olivetti. En la segunda posguerra esta empresa había sido una de las mayores protagonistas a nivel mundial de la producción de máquinas de escribir, máquinas de cálculo y de la electrónica en general. En los años en que Gallino trabajó en la empresa, la dirigía una figura muy carismática, el ingeniero Adriano Olivetti. La peculiaridad de esta empresa consistía en la intención de conjugar capitalismo y desarrollo humano a través de una política empresarial de sueldos elevados, inversiones en el territorio y relaciones constructivas con las organizaciones sindicales. Junto con muchos intelectuales como el escritor Paolo Volponi, el poeta Franco Fortini y el sociólogo Franco Ferrarotti, Gallino colaboró con esta empresa por veintitrés años, de 1956 a 1979, antes como investigador y luego como responsable del centro de estudios y asesor. En una obra de 2001 Gallino describía este período desde el punto de vista profesional, político y humano: “el de Adriano Olivetti era un capitalismo que [...] sabía producir riqueza, pero también sabía cómo distribuirla, y practicaba este capitalismo” (Gallino, 2014, pp. 37-38). Durante esta práctica intelectual no había ninguna forma de hostilidad teórica hacia el capitalismo: en ese período Gallino se había convencido de que era posible hacerlo compatible con el pleno desarrollo de la persona humana, de las comunidades locales en las que los establecimientos industriales se instalan, del medio ambiente, creando productos innovadores capaces de mejorar la vida de las personas sin recurrir a la explotación intensiva del trabajo. De ahí que Gallino se hubiera formado en un contexto que le había transmitido la idea por la que la irremediabilidad de la lucha de clase no era el destino inevitable del capitalismo.

Por mucho tiempo, a partir de la mitad de los años ochenta, llevando diez años sin trabajar más en Olivetti, Gallino profundizó sobre todo en cuestiones teóricas y metodológicas, dedicándoles contribuciones relevantes, pero se ocupó poco del análisis de las transformaciones socioeconómicas en marcha. En este largo silencio es fácil leer una comprometedor tentativa de contestar a los interrogantes generados por los cambios de las sociedades capitalistas. En 1998, con la publicación de *Se tre milioni vi sembrano pochi* (Gallino, 1998), se abre una fase totalmente nueva de la biografía intelectual de Gallino: en esa obra se analiza el aumento del desempleo en Italia y Europa y el alcance de ese fenómeno que ponía en crisis el modelo de organización social que se fundamentaba en el modelo del ciudadano-trabajador. A partir de aquel entonces hasta su muerte, la producción científica en la que Luciano Gallino ha propuesto lúcidos análisis sobre el presente ha sido continua y llena de textos capaces de orientar profundamente el debate de las ciencias políticas y sociales, así como el público de los entendidos. Muy relevante por adelantar también el debate empezado tras la crisis de

2008, es un volumen publicado en 2005, *L'impresa irresponsabile* (con relación al libro sobre Olivetti publicado cuatro años antes, *L'impresa responsabile*); Gallino analizaba la imposición de un modelo de empresa en el cual los gerentes estaban comprometidos en la “maximización de la riqueza de los accionistas”, esto es, una transformación tan relevante como para dar comienzo a una nueva fase de la historia del capitalismo.

La lucha de clase desde arriba

De forma más definida y estructurada, los argumentos de *L'impresa irresponsabile* son el eje de los que Marco Revelli –en la esquila publicada en el diario *il manifesto* tras la muerte de Gallino– ha definido “la gran trilogía [...] en la que Gallino nos ha explicado, prácticamente en tiempo real, con su argumentación racional y lineal, las razones y dimensiones de la crisis actual” (Revelli, 2015). Es la trilogía empezada con *Con i soldi degli altri. Il capitalismo per procura contro l'economia* (2009), seguida por *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi* (2011) y por la obra ya citada, *La lotta di classe dopo la lotta di classe* (2012).

Estos volúmenes fueron un punto de referencia fundamental para todos los que, tras la crisis de 2008, en Italia intentaron comprender los complejos mecanismos financieros que la habían originado y que, por mucho tiempo, no habían sido debidamente considerados por la comunidad científica y por el debate público en su globalidad. El mismo Gallino (2011) resume el desconcierto generado por el fracaso de *Lehman Brothers*:

Frente a la naturaleza y cantidad de acontecimientos reales que muchas personas experimentan, la pregunta a la que muchos han intentado contestar en sustancia es una: ¿cómo nos hemos metido en esos líos? Esto es, ¿cuáles son las causas de la crisis, es decir, cuál es su explicación? (p. 45).

El alcance de una crisis tan asombrosa, que de repente había manifestado al mundo entero el poder de las finanzas, no se podía explicar como un percance, sino como el epílogo de un proceso de transformación de largo plazo, que se había dado sin ser tematizado y analizado de forma adecuada por la política y la comunidad científica. Para Luciano Gallino, el sociólogo que se había formado en un contexto no prejuicialmente hostil al capitalismo y que había callado mucho sobre sus cambios, la comprensión de la crisis de 2008 no podía prescindir de un recurso teórico en desuso:

el concepto de *lucha de clase*. Sin embargo, para usarlo cabe hacer una especificación: para describir una relación entre al menos dos sujetos, la lucha de clase puede indicar dos procesos diferentes entre sí. Desde el punto de vista de “quien no está satisfecho con su propio destino”, lucha de clase significa “movilizarse para intentar mejorar, junto con otros de la misma condición, su destino con medios diferentes”; sin embargo, pueden encabezarla también “los que están satisfechos con su destino y quisieran defenderlo o que, de todos modos, se preocupan por su posible compromiso” (Gallino y Borgna, 2012, p. 8).

A partir de la segunda guerra mundial hasta finales de los años setenta la clase obrera (Gallino escribe “más en general la clase de los trabajadores dependientes”) había logrado “mejoras importantes en su propia condición social”: estabilidad de empleo, aumentos salariales, sistemas de protección social y sistemas sanitarios públicos, reducción del horario laboral, extensión del asueto retribuido, etc. Todo esto fue conquistado por las “imponentes luchas sindicales” y general movilización social que, sobre todo en la Europa continental, comprometió también a los estudiantes, imponiendo a la política la “petición de una democracia más participativa”; además, la situación sociopolítica, condicionada por la presencia de la URSS, había inducido a las clases dominantes “a ceder una parte de sus privilegios, si bien se mira limitada”, para contener desplazamientos de la opinión pública hacia partidos y sindicatos que se proponían repetir en Occidente el modelo político-económico presente más allá del telón de hierro. A lo largo de casi tres décadas, dentro de los dos modelos de lucha de clase el primero –aquel llevado desde abajo contra arriba– tomó la delantera (Gallino y Borgna, 2012, pp. 10-11).

Según Gallino, al principio de los años ochenta se da un vuelco, sobre todo en los países más industrializados (EE.UU., Reino Unido, Francia, Italia, Alemania). En efecto, ya a partir de los años sesenta en estos países se había registrado una disminución de la tasa de utilidad de las grandes empresas manufactureras que no se podía explicar solo con los triunfos del movimiento obrero. De hecho, también había un elemento de crisis material que se añadía al político: en aquellos años se registró “el agotamiento de los fundamentos tecnológicos y económicos de la manera de producción fordista”, sobre todo en dos ámbitos. En primer lugar, el éxito de este modelo había sido garantizado por las transformaciones de bienes cuya adquisición estaba limitada a la clase media en bienes de consumo de masas (coches, electrodomésticos, etc.) gracias al creciente poder adquisitivo de la clase trabajadora; en segundo lugar, la organización de la producción sobre los principios tayloristas de la producción científica del trabajo había generado una demanda creciente y una baja tasa de desempleo. Cuando la demanda interna

empezó a saturarse, este modelo entró en crisis y aumentó la reducción de la tasa de utilidad, ya afectada por las reivindicaciones del movimiento obrero. Sin embargo, solo a partir de los años ochenta “las clases dominantes se movilizaron y empezaron a llevar una *lucha* de clase desde arriba para recobrar el terreno perdido”, aspirando a reducir los salarios reales, volver a introducir condiciones laborales más rígidas, hacer crecer de nuevo la cuota de beneficios sobre el PIB erosionada en los treinta años anteriores por aumentos salariales, inversiones productivas y sistemas fiscales inspirados en el principio de la tasación progresiva. Gallino cierra esta reconstrucción histórica afirmando que “en sustancia, no ha desaparecido la lucha de clase [...] más bien a la lucha que ha sido llevada desde abajo para mejorar su propio destino se ha sustituido una lucha llevada desde arriba para recuperar los privilegios, los beneficios y sobre todo el poder que habían sido de alguna manera erosionados” (ivi, pp. 11-12).

Si el protagonista de la lucha de clase desde abajo había sido la clase obrera, la que llevó la lucha de clase desde arriba es una “clase sin confines nacionales”, que Gallino en 2009 describió como compuesta por cuatro diferentes componentes: *a*) “individuos que disponen de activos financieros” superiores al millón de dólares per cápita y que “aspiran a hacerlos crecer a través de todo tipo de inversión” (10,1 millones de personas), *b*) “exponentes del capitalismo familiar”, herederos de familias que, desde hace muchas generaciones, encabezan grandes empresas privadas o que “se han convertido en eminentes con sus propias fuerzas” (2,5 millones de personas), *c*) “altos gerentes de corporaciones transnacionales” (3 millones de personas) y *d*) “dirigentes o gerentes de diferentes tipos de inversores institucionales” como fondos de inversión, bancos, compañías de seguro, etc. (500.000-600.000 personas). En 2009, según el cálculo de Gallino esta clase –que él mismo define como “clase capitalista transnacional” retomando una expresión de Leslie Sklair (2001)– contaba con alrededor de 9-10 millones de personas, es decir, el 0,15% de la población mundial. Sin embargo, no se trata de una clase en sí, con características e intereses objetivos comunes, sino también de una clase para sí, es decir, de un sujeto colectivo de acción: en efecto, con el paso del tiempo esta se ha dotado de sujetos formales o informales que elaboran instancias y análisis, y representan sus propios intereses en el espacio público transnacional. Gallino individualiza cinco: la *Cámara de Comercio Internacional*, con sede en París y fundada en 1919, las *Conferencias Bildeberg*, convocadas cada año a partir de 1952, la *Comisión Trilateral*, surgida en 1973 por iniciativa de David Rockefeller, el *Foro Económico Mundial* de Davos (que ha llegado a ser tan importante como para orientar las políticas de los países más ricos e inducir a algunos analistas a hablar de ‘partido de Davos’), y finalmente el

Consejo Económico Mundial para el Desarrollo Sostenible, surgido en 2005 afirmando que el respeto al medio ambiente representa una ocasión importante para aumentar los beneficios de las corporaciones².

Múltiples son los ámbitos en los que es posible constatar el éxito de la lucha de clase desde arriba, pero Gallino destaca como central la transformación del sistema económico en la transición entre dos tipos de capitalismo: del “capitalismo industrial” (que se fundamenta en la industria manufacturera) al *finanzcapitalismo* (que se centra en el “sistema financiero”). La diferencia principal que los caracteriza es la manera de acumular el capital: el primero lo hace sobre la base de la fórmula «D1-M-D2», es decir, invirtiendo dinero y comprando todo lo que sirve para producir una determinada mercancía (sobre todo materias primas, medios de producción y fuerza de trabajo), para luego volver a vender la mercancía producida y conseguir una cantidad de dinero mayor que aquella invertida al principio. En cambio, el *finanzcapitalismo* “persigue la acumulación de capital haciendo todo lo posible para evitar la fase intermedia, la producción de mercancías”, por ejemplo, invirtiendo el capital en los mercados financieros; de ahí que su fórmula de acumulación llegue a ser «D1- D2». Además, hay otra diferencia fundamental: el *finanzcapitalismo* sigue “una pretensión categórica”: “cabe cobrar de la producción de dinero una renta decididamente más elevada respecto de la producción a través de mercancías” (Gallino, 2011, p. 8). Por esto, reconvertir porciones cada vez más amplias del sistema económico del capitalismo industrial al *finanzcapitalismo* significa perseguir una lucha de clase: la especulación financiera es más rentable que la producción de mercancías sobre todo porque, no debiéndose confrontar con la fuerza de trabajo y con sus reivindicaciones, carga con menores responsabilidades de redistribución de la riqueza. Gallino escribe que, a partir de los años ochenta, “la producción de dinero por medio del dinero, junto con la creación de dinero de la nada por medio de la deuda, han tomado una decidida delantera al ser criterios de la acción económica, respecto de la producción de mercancías por medio de mercancías” (ivi, p. 18).

La lucha de clase desde arriba ha estado caracterizada también por otra modalidad que se puede insertar totalmente en la esfera de la iniciativa económica y que consiste

2, Con respecto a esto, cabe precisar que, en los últimos años, algunos de estos nombres han sido evocados a menudo junto con George Soros por los partidarios de diferentes teorías complotistas. Se trata de lecturas simplistas en las que se recuerdan categorías morales como, por ejemplo, la avidez (a menudo enlazada directamente con prejuicios de tipo antisemita). El planteamiento de Luciano Gallino es totalmente diferente porque se fundamenta en el análisis de los procesos materiales, de la organización de la producción, de la manera como se acumula el capital; solo a partir de esto el sociólogo reconstruye la acción de los portadores de los intereses enlazados con estos procesos.

en la decisión de las empresas de deslocalizar establecimientos productivos en áreas del planeta donde el costo del trabajo es más bajo que en Occidente y la normativa justabajista y aquella para la tutela del medio ambiente facilitan más a las empresas; este proceso –que Gallino historiciza como contemporáneo a la financiarización– con el derrumbe del sistema soviético ha sufrido una repentina aceleración, cuadruplicando en pocas décadas la fuerza de trabajo de la que podían gozar las empresas, las cuales pudieron poner en competición al medio millardo de trabajadores que viven en los países industriales del capitalismo avanzado con el millardo y medio de trabajadores del resto del planeta (Gallino, 2007, p. 38). Las ciencias sociales han definido este proceso como globalización, y a veces lo han descrito como inevitable; Gallino participó enseguida en el debate, poniendo de manifiesto los riesgos de fatalismo de estas lecturas (Gallino, 2000), definiéndola en cambio un “proyecto político” (Gallino y Borgna, 2012, p. 38).

Desde luego, la financiarización y la globalización no han sido solo procesos y proyectos limitados al ámbito socioeconómico: los ha acompañado, fortalecido y legitimado una constante producción normativa que ha vuelto a trazar las reglas de la acción económica. La financiarización de la economía no sería posible sin la progresiva desreglamentación de los movimientos de capital. Según la periodización de Gallino, este proceso empezó en Estados Unidos ya en 1974, para luego practicarse a través de análogas iniciativas legislativas en todos los países del área Oede y culminar, en 1999 en Estados Unidos, con la abolición del *Glass-Steagall Act* por mano de la administración Clinton. Esta ley, aprobada en 1933 tras la crisis del año 1929, sancionaba la separación entre bancos comerciales y bancos de ahorro, y permitía solo a los primeros invertir sus capitales en el mercado accionario a través de operaciones que ponen a riesgo el capital invertido, mientras otorgaba a los segundos solo la tarea de custodiar los ahorros de los cuentacorrentistas. Después de esa abolición, también los bancos de ahorro pudieron “hacer con mayor autonomía y ausencia de controles otras numerosas actividades financieras, incluidas aquellas especulativas, muy disímiles de los bancos de negocios”, aumentando los flujos financieros y poniendo a riesgo los ahorros que los cuentacorrentistas les habían entregado (cfr. Gallino, 2009, p. 29).

Según la describe Gallino, a su vez la globalización ha sido un poderosísimo medio a disposición de las clases dominantes para estimular en los países occidentales una pluralidad de reformas a su favor. El sector más relevante en el cual se ha concentrado más la presión de las empresas ha sido la normativa justabajista, pidiendo una reducción de las tutelas y de las responsabilidades a cargo de la empresa, a partir de la estabilidad

del empleo; el derecho y la legislación sobre el trabajo –surgidos en muchos países europeos tras el 1945– para Gallino han representado “las paredes de la ciudadela que [...] ha acogido a millones de campesinos, peones, jornaleros, artesanos y obreros “con dueño””, transformándoles en “ciudadanos completos” (Gallino, 2007, p. 57); en nombre de la competitividad de las empresas, a partir de los años noventa aquella ciudadela fue cada vez más presentada en el espacio público como un arcaico obstáculo a superar a través de reformas que se fundamentaran en el principio de la flexibilidad del empleo; las numerosas reformas siguientes a este llamamiento produjeron una desreglamentación que hizo arrear la historia del trabajo, llevándola a los tiempos en que “el individuo vendía [el trabajo] a las empresas como cualquier otra mercancía”, destruyendo el principio de la *Declaración de Filadelfia*³ de 1944, para el cual, en cambio, “labour is not a commodity” (ivi, pp. 58-9).

De ahí que el análisis que Gallino propone de la transformación empezada en Occidente a partir de los años ochenta sea profundamente político. En efecto, él rechaza una idea difundida en las ciencias sociales según la cual la economía, con sus fuerzas incontenibles, habría impuesto a una política reacia y que tampoco puede reaccionar los contenidos de la lucha desde arriba: esto es, la política –más bien los gobiernos nacionales democráticamente elegidos en Estados Unidos y la Europa occidental a partir de los años ochenta– abrió de par en par las puertas a la economía, haciéndose vocera de aquellas reformas que permitieron antes que todo la liberalización de movimientos de capital y la remercantilización del trabajo. Sin embargo, la lucha de clase realizada legislativamente no se ha limitado solo a estos dos ámbitos: por ejemplo, esta se ha desempeñado mucho en el terreno de las políticas fiscales a través de reformas que han promovido “elevadas desgravaciones fiscales a favor de los ricos y fuertes reducciones de los impuestos sobre las sociedades” (Gallino y Borgna, 2012, p. 21). Además de estas reformas fiscales, también hay una gestión de los presupuestos públicos inspirada en la contención del gasto, esto es, en la reducción de la inversión en los sistemas de protección social en defensa de las partes más débiles de la sociedad: esta también es una forma de lucha de clase desde arriba muy practicada sobre todo tras la crisis de 2008, cuando los recursos públicos sirvieron en su mayoría para salvar a los bancos (cfr. Gallino-Borgna, 2012; Gallino, 2013).

3. En 1944, la ILO (*International Labour Organization*) –agencia especializada de la ONU que se ocupa de trabajo y de la promoción de derechos y justicia social, reunida en la Conferencia Internacional de Filadelfia– adoptó una *Declaration concerning its aims and purposes*. En el primer apartado del art. 1 se declara que “labour is not a commodity”.

El enigma del consenso

Para el estudioso que comparta las tesis de Gallino, el del consenso es sin lugar a dudas el aspecto más controvertido y digno de ser profundizado: si la transformación empezada en Occidente a partir de los años ochenta se puede describir como una triunfante lucha de clase desde arriba llevada por poquísimos componentes de la clase capitalista transnacional, ¿cómo se explica el amplio consenso que ha sabido generar y gobernar? Gallino atribuye a la ideología neoliberal un papel fundamental para el triunfo de la lucha de clase desde arriba, por haber representado un “nexo ideológico” que ha permitido a la clase capitalista transnacional “pensar y expresarse de la misma manera” por doquier, presentando “a las clases subalternas el funcionamiento de la economía contemporánea [...] como si fuera el mejor de los mundos posibles” (Gallino y Borgna, 2012, pp. 17-18). Gallino detecta tres matrices teóricas diferentes: la Escuela austriaca de von Wiese y von Hayek, la Escuela de Friburgo de los ordoliberales Röpke y Eucken, y la Escuela de Chicago con su exponente más relevante, Milton Friedman. Estas tres escuelas, surgidas en los años treinta y cincuenta, se comprometieron en devolver al capitalismo el prestigio perdido con la crisis de 1929, entablando una contienda ideológica con las ideas keynesianas en las que se inspiraron las políticas económicas estadounidenses tras la crisis y aquellas de los países europeos en la segunda posguerra. Para Gallino (2011), el neoliberalismo es una “doctrina política disfrazada de teoría económica” que, a diferencia de las precedentes versiones del liberalismo, es capaz de construir una “teoría del todo” que se propone “someter cada dimensión de la existencia a la racionalidad económica” (pp. 25-27). Gracias a esta ideología, con un “carácter fideísta” (ivi, p. 39) en virtud del cual se nos puede medir con esta solo afiliándose o rechazándola totalmente, la clase capitalista transnacional “ha puesto en práctica exitosamente, aunque a favor del capitalismo, el concepto de hegemonía cultural elaborado por [...] Antonio Gramsci” (ivi, p. 26).

Según Gallino, al ser tan difusiva y totalizadora, cuando inspiró los programas de los principales partidos y las políticas económicas de los gobiernos europeos y estadounidenses, esta ideología produjo una profunda transformación antropológica, en la que es posible vislumbrar la idea de hombre contenida en la ideología neoliberal. La sociedad en la cual el neoliberalismo ha sometido toda dimensión a la racionalidad económica es una sociedad “fiel al corto plazo”, en la que “perseguir objetivos a largo plazo parece improbable”. Si en la sociedad de los Treinta gloriosos la identidad personal y el reconocimiento social se basaban en el trabajo, desmantelando la

infraestructura material en la que se fundamentaba esta visión de sentido (es decir, haciendo crecer el desempleo y remercantalizando el trabajo), el neoliberalismo y el *finanzcapitalismo* han empobrecido antropológicamente la humanidad porque la visión del mundo de la que se habían hecho portadores está caracterizada por un vacío de sentido antropológico. Gallino describe la humanidad occidental en los tiempos del *finanzcapitalismo* como formada por “jóvenes de hábito descompuesto”, “adultos que se han quedado o han sido llevados al estado infantil”, “ciudadanos que han interiorizado el evangelio del consumo en lugar de las reglas de la democracia” (pp. 35-36). Al enigma del consenso neoliberal Gallino contesta recurriendo a la degradación antropológica y a la infantilización consumista: los ciudadanos occidentales han otorgado su consenso al neoliberalismo y a sus representantes por estar vaciados antropológicamente a causa del fracaso del recurso de sentido proporcionado por el trabajo y por haber sido seducidos por el evangelio del consumo.

Junto con la de lucha de clase, la cuestión ideológica es un nudo ineludible para responder al enigma del consenso neoliberal. Una respuesta alternativa a la tesis de Gallino puede ser el pensamiento de Antonio Gramsci, pero no haciendo hincapié solo en la categoría de hegemonía. En los *Quaderni del carcere*, Gramsci propone una compleja teoría del cambio histórico, intentando comprender los escenarios políticos abiertos en Europa por la crisis del liberalismo. En sus escritos, los conceptos que él acuña y emplea están siempre vinculados con la concreta situación histórica que analiza; este planteamiento deriva de una concepción historicista según la cual no existen leyes metastóricas que gobiernan el cambio y la teoría nace siempre de la tentativa de comprender una específica condición práctica. La abstracción conceptual que aquí proponemos no quiere exponer una teoría general del devenir histórico –algo profundamente antihistoricista y, por ende, antigramsciano–; sino quiere realizar una analogía histórica entre la transición objeto del estudio de Gramsci y aquel neoliberal⁴.

Para Gramsci, el cambio histórico se convierte en un proceso evidente frente a un “historical break”, es decir, un suceso que produce una neta discontinuidad histórica (una guerra, una crisis económica, etc). Sin embargo, estos *historical break* no son improvisados: para un tiempo variable, “a whole series of questions [...] individually” se acumulan; solo cuando forman un “mound” modifican “the general structure of the previous process” y producen este *historical break* (Gramsci, 1971, p. 106).

4. En este trabajo solo podemos exponer el resultado de esta abstracción, es decir, los conceptos acuñados y empleados por Gramsci; para más saber acerca del proceso de abstracción, de la concreta situación histórica analizada por Gramsci a los conceptos empleados para interpretarla, remitimos a Ferrara, 2018.

Las “questions” en juego en las sociedades de masas y, en particular, en las sociedades capitalistas son múltiples: en estas coexisten una pluralidad de procesos que se pueden observar y estudiar a partir de las ciencias sociales, exponiendo *laws of tendencies* que describen “the collaborative and co-ordinated activity of a social group” o de una pluralidad de grupos que operan “following certain principles accepted (freely) out of conviction” (Gramsci, 1995, pp. 179-180). Esto convierte al mismo desarrollo capitalista en un “extremely rapid movement of elements that mutually balanced and sterilized one another”. Sin embargo, la otra cara de este “extremely rapid movement of elements” es la constante posibilidad de que aquel *balancement* y aquella *mutually sterilization* se pierdan, es decir, que se dé “the quantitative intensification of certain elements, neither new nor original [...] while others that were there before and operated simultaneously with the first, sterilizing them”, que lleguen a ser “inoperative” o desaparezcan totalmente. La simple presencia de esta potencialidad catastrófica hace que el capitalismo se considere una “continual crisis”; si este desequilibrio se convierte de simple potencialidad en realidad, se dan aquellos “events that go under the specific name of ‘crisis’” (ivi, pp. 219-23).

Está claro que no todas las crisis de las sociedades capitalistas producen unas fracturas históricas; las que logran tener ese alcance Gramsci las define *organic crises*, y están caracterizadas precisamente por el papel fundamental adquirido por las ideologías: de hecho, si las clases y los grupos socio-políticos hegemónicos frente a sucesos catastróficos no son capaces de gobernar los procesos en marcha, ni balancearlos, esa incapacidad produce la revocación del consenso por parte de las masas tanto hacia esos grupos, como hacia las “ruling ideologies” o “traditional ideologies” de las que son voceros (Gramsci, 1971, pp. 275-276). Así las cosas, las *organic crises* representan la ruptura de aquel “necessary and vital nexus” (Gramsci, 1995, pp. 394-399) que, en las fases en que una hegemonía político-social es fuerte, une (de forma dialéctica y bilateral) la estructura económico-productiva con la ideología hegemónica. Estas fases de crisis orgánica también tienen rasgos específicamente políticos a los que Gramsci atribuye el nombre de “interregnum”: “the ruling class” incapaz de gobernar una crisis pierde “its consensus, i.e. is no longer “leading””, pero sigue deteniendo la “coercive force alone”, que puede emplear para contrastar las tentativas hegemónicas de nuevos grupos y nuevas ideologías. En esta fase, en que “the old is dying and the new cannot be born” (Gramsci, 1971, pp. 275-276), emergen diferentes hipótesis políticas de superación de la crisis.

Gramsci individualiza en la primera guerra mundial el *historical break* que hace estallar la *organic crisis* del régimen político-económico liberal y da comienzo a una

fase de *interregnum*. En este contexto Italia representa –antes con la tentativa revolucionaria del bienio rojo, y luego con la afirmación del fascismo– un laboratorio que explica lo trágico de uno de los desarrollos posibles del *interregnum*. Ahí va el análisis gramsciano de este desarrollo. Cuando una ideología hegemónica entra en crisis por mucho tiempo y es incapaz de gobernar los procesos en marcha, la contienda política se mueve alrededor de la capacidad de nuevos sujetos de gobernar a los susodichos procesos. La incompatibilidad entre el viejo régimen político-económico y los procesos sociales, económicos y demográficos emergentes se convierte en una cuestión política cuando una o más subjetividades políticas la ponen en el centro de sus reivindicaciones. Los grupos más fuertes no tienen ningún interés en declarar públicamente la crisis del régimen político-económico que les garantiza su fuerza; es por eso que lo harán primero los grupos subalternos, haciendo hincapié en la urgencia de superar el régimen político-económico en crisis de forma radical y revolucionaria (en la Italia de Gramsci es el caso del bienio rojo). Si esta tentativa no logra imponer la transición a un nuevo régimen político-económico y queda derrotada por pararse a una forma de “elementary and non organic rebelliousness” (Gramsci, 1995, pp. 373-376), las contradicciones políticas, económicas y sociales que esta ha puesto en el centro de sus reivindicaciones no desaparecen, sino quedan latentes en la sociedad; es más, son aún más urgentes porque aquella tentativa derrotada se queda como un precedente que puede repetirse.

Lo que el laboratorio italiano sugiere a Gramsci es que una estabilización de un sistema en crisis se hace posible solo si los grupos dominantes oponen unas respuestas diferentes a las mismas cuestiones que han legitimado las instancias revolucionarias y radicales. Para tener éxito y evitar cambios revolucionarios, aunque es estimulada por la tentativa de guardar o restaurar una relación de fuerzas favorables a las clases y a los grupos dominantes, esa estabilización no puede limitarse a restablecer el régimen político-económico en crisis, sino que solo debe contener unas innovaciones que la hacen capaz de gobernar choques de las reivindicaciones radicales y de las contradicciones que estas denuncian. Gramsci afirma que “in the movement of history there is never any turning back, and [...] restorations in toto do not exist” (Gramsci, 1971, pp. 219-220): en cambio, puede existir una “reaction” que acoge “a certain part of the demands expressed from below” (Gramsci, 1995, pp. 373-376), purificándolas de los elementos radicales o revolucionarios y convirtiéndolas en compatibles con las relaciones que esos grupos se proponen restaurar. El repertorio ideológico que la iniciativa revolucionaria o radical ha sembrado en la escena pública sin lograr imponer un nuevo régimen político-económico en este contexto se hace un depósito impor-

tante del que las clases y los grupos dominantes pueden disponer para construir una nueva ideología y un nuevo régimen político-económico que se quede en el interior del sistema de acumulación capitalista, innovándolo y estabilizando las relaciones de fuerza en crisis. Este proceso de elaboración ideológica es al mismo tiempo parasitario y creativo: no produce de la nada una ideología propia, sino que se apodera de elementos ajenos y hostiles a esta; sin embargo, no se limita a incorporarlos, sino que los vuelve a formular de una manera original y compatible con la conservación y el fortalecimiento de las relaciones de fuerza.

En virtud de esta ambigüedad constitutiva, Gramsci emplea un concepto oximórico para identificar la salida reaccionaria con la crisis orgánica y el *interregnum*: el concepto de “passive revolution”, que en una nota compara con los conceptos de “progressive restorations” o “revolutions-restorations” (ibídem). En esta faceta de la teoría gramsciana es evidente el rechazo a recurrir a tentaciones de cierre: para comprender el éxito de una reacción cabe interrogarse sobre los elementos progresivos que esta contiene en su interior (aunque sean inferiores con respecto a los regresivos) y que la califican de modernización, esto es, una modernización reaccionaria. Si cultivan duraderas ambiciones hegemónicas, las subjetividades políticas que emergen en la fase de *interregnum* no pueden sino ser portadoras de elementos progresivos: tanto aquellas revolucionarias y radicales, portadoras de una idea integral de progreso, como aquellas que se proponen estabilizar el sistema, portadoras de elementos progresivos disueltos en un proyecto por lo general conservador y regresivo (allí donde no directamente autoritario).

La revolución pasiva neoliberal

¿Los conceptos de revolución pasiva y de lucha de clase desde arriba atañen al mismo proceso? Solo parcialmente. En efecto, ambos indican una fase histórica en la que prevalecen las instancias de las clases dominantes, el poder y la riqueza se vuelven a distribuir desde abajo hacia arriba y, por ende, se da una fase de regresión política y social. Sin embargo, el concepto de revolución pasiva indica algo más: antes que todo, al ser un concepto político, pone en el centro el tema de la legitimación política de este proceso, atribuyendo a la ideología el papel de intérprete y guía de un ciclo histórico; además, precisamente por hacer hincapié en el problema de la legitimación, ese concepto permite interrogarse acerca de la presencia de elementos progresivos presentes en un proyecto político en prevalencia regresivo. Así las cosas, la revolución pasiva es un tipo

de lucha de clase desde arriba en la que las transformaciones procedentes desde arriba logran generar consenso abajo a través de una mezcla de innovación y restauración.

¿De qué manera esta analogía puede ayudarnos a comprender los elementos ideológicos de la lucha de clase desde arriba y del neoliberalismo? Hemos notado que en la reconstrucción histórica de Gallino se hace referencia a una crisis repetida del modelo político-económico hegemónico en los Treinta Gloriosos, individualizada en la erosión de los fundamentos tecnológicos y económicos del fordismo. Pero la crisis de ese modelo no atañía solo a los fundamentos tecnológicos y económicos, sino también a aquellos ideológicos y antropológicos. Tal y como ha puesto de manifiesto Ulrich Beck en un estudio sobre la sociedad alemana con elementos analíticos valederos para todas las sociedades de los países de capitalismo avanzado, las décadas de la segunda posguerra no hicieron desaparecer las desigualdades, sino que produjeron un cambio en la estructura social resumible en lo que él define “elevator effect”: “the “class society”” fue llevada “one floor higher” gracias a un “collective surplus of income, education, mobility, law, science and mass consumption”; esto puede destacarse sobre todo a partir de tres indicadores: el aumento de la esperanza de vida media, la reducción del tiempo medio dedicado al trabajo retribuido y el aumento de los salarios reales (Beck, 1986, p. 122). Este cambio de la estructura social ha reforzado y acelerado un rasgo que caracteriza a toda la modernización: el “individualization process”, es decir, el afrancamiento de los individuos de las pertenencias adscritivas (antes que todo las relaciones familiares y la pertenencia de clase) a favor de relaciones elegidas y determinadas por los individuos. Beck afirma que las clases no desaparecen, sino que disminuye su “social perceptibility” (ivi, p. 140), o sea, “class differences and family connections are not really over ridden” mas “take a back seat relative to the emerging “center” of the biographical life plan” (ivi, p. 211)⁵.

Si queremos emplear el léxico de la jerarquía maslowiana de las necesidades (cfr. Maslow, 1954), la ideología hegemónica en los Treinta Gloriosos –que en las recetas keynesianas hallaba su referencia para la política económica– pensaba en una humanidad comprometida en satisfacer los “basic needs” y orientaba las políticas hacia su satisfacción; al eximir mucha parte de la sociedad de esa urgencia, los Treinta Gloriosos permitieron a estas últimas acceder a la búsqueda de los más complejos y menos armonizables *metaneeds* (por ejemplo, la autorrealización). Esta importante metamorfosis antropológica chocó con la ideología hegemónica en los Treinta Gloriosos que –en virtud de su carácter programático, de sus rigideces y de su recurso a

5. Los conceptos citados de Beck presentes en la edición alemana original de *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne* no se hallan en la edición inglesa de la obra. De ahí que hayamos propuesto nuestra traducción.

la estandarización– no era capaz de cargar con esta y no pudieron sino colisionar. En esta dinámica destaca el agotamiento de los fundamentos antropológicos de la ideología hegemónica en los Treinta Gloriosos que, también por esto, ya no lograba ser el terreno de encuentro y compromiso entre las ideologías políticas en conflicto en los países occidentales.

El estallido del movimiento estudiantil en 1968 fue el indicador más patente de esta erosión, porque dio a conocer al espacio público una instancia de crítica radical del modelo social y de la ideología de los Treinta Gloriosos, sobre todo de sus rasgos más enajenadores y opresivos. Tal y como ha puesto de manifiesto Eric Hobsbawm, la revuelta estudiantil tuvo un gran “cultural significance”, mucho más importante que su significado político, porque «served as a warning» a los reformistas que habían “half-believed” solucionar “the problems of Western society» confiando decididamente «in the economy of organized social consensus”. Esto significaba que “the Golden Age lost its gilt”. A este suceso siguieron otros que sancionaron su crisis económico-productiva, sobre todo el derrumbe del sistema financiero, en 1971, establecido en Bretton Woods y la crisis petrolera de 1973 (Hobsbawm, pp. 285-286).

De ahí que se diera una fractura histórica que duró cinco años (1968-73) en la que progresivamente se acabaron todos los fundamentos materiales e inmateriales que habían posibilitado los Treinta Gloriosos. Esta fractura dio comienzo a una fase caracterizada por las mismas características que Gramsci atribuye al *interregnum*: el fin de la repercusión ideológica sobre las masas de una ideología por mucho tiempo hegemónica, la persistencia de los mismos grupos en el poder que siguen actuando en coherencia con la ideología de la que se hacen voceros sin que esto logre garantizar una estabilización del sistema. Una vez más partimos de las palabras de Hobsbawm, para el cual “essentially the story of that decade was one of governments buying time [...] and applying the old recipes of Keynesian economic management” sin lograr poner en marcha otra vez aquella dinámica de crecimiento económico que parecía ser eterno hasta hacía una década (ivi, p. 408).

En el marco de este interregno poskeynesiano se forma la lucha de clase desde arriba de la que habla Gallino: de hecho, en 1971 se organiza el primer Foro económico mundial en Davos, y en 1973 surge la Comisión Trilateral. Un ciclo político caracterizado por la redistribución de la riqueza y del poder desde arriba hacia abajo en Occidente había entrado en crisis irremediablemente y quien seguía teniendo en la sociedad y en la economía una posición de fuerza (a pesar de las concesiones a las que se le había obligado) se organizaba para recobrar la posición perdida, sobre todo después de que el

estallido de 68 había hecho emerger en el espacio público una hipótesis de crítica radical del modelo en crisis. En el bienio 1979-80 la elección de Margaret Thatcher a primer ministro del Reino Unido y de Ronald Reagan a presidente de Estados Unidos llevó al poder en el más poderoso país capitalista y en su más estrecho aliado europeo dos líderes con programas políticos totalmente ajenos y contrarios al keynesismo. Después de casi treinta años podemos afirmar, junto con David Harvey, que aquel viraje representó “a revolutionary turning-point in the world’s social and economic history”, y dio comienzo a un nuevo ciclo político, el neoliberal (Harvey, 2005, p. 1).

El alcance por lo general regresivo y restaurador de este ciclo político ha sido magistralmente descrito por Gallino. Sin embargo, ese viraje se dio porque lo acompañó una plenitud de sentido, porque no se limitó a restaurar el poder de las clases dominantes y porque, para hacerlo eficaz y duradero, logró hacerse vocero de algunas profundas tendencias presentes en la crisis de los Treinta Gloriosos que desembocaban de forma radical en el movimiento estudiantil y en el 68^o. En *Il nuovo spirito del capitalismo* (2007), los sociólogos Luc Boltanski y Ève Chiapello sostienen que lo que ocurrió en los años ochenta vuelve a proponer una dinámica típica en la historia del capitalismo (y que incluso presenta analogías evidentes con el proceso de revolución pasiva descrito por Gramsci): en las fases de crisis de legitimación del capitalismo –en las que emergen o adquieren consenso movimientos que proponen una crítica de su modelo de acumulación– el capitalismo “incorporates some of the values in whose name it was criticised” (p. 28).

Para los dos sociólogos, la peculiaridad de los movimientos de contestación y de crítica del capitalismo brotados en los años sesenta residiría en el hecho de que algunas temáticas típicas de la crítica del capitalismo, como la acusación de ser un sistema fundamentado en la falta de autenticidad y en la opresión, adquieren una dimensión de masas con la protesta estudiantil y con la reivindicación de una mayor autonomía individual en el trabajo. De este acervo ideológico –que se hacía vocero de aquella profunda tendencia presente en las sociedades occidentales que hemos trazado con los conceptos de Beck y Maslow– saca provecho el viraje reaccionario de los años ochenta para incautar los aspectos compatibles con el sistema capitalista, esto es, para crear una nueva ideología que estrene y legitime un nuevo régimen económico capitalista.

6. Esta relación entre el 68 y el neoliberalismo no pretende sostener un vínculo de continuidad entre estos. Si criticamos el 68 y el movimiento estudiantil, no lo hacemos por lo que al contenido ideológico se refiere, sino a la efectualidad política de su acción. Como mucho podríamos preguntarnos si esta opción forma parte de las ambiciones del movimiento estudiantil y si los instrumentos organizacionales y las consiguientes movilizaciones estuvieron o no estuvieron a la altura, pero es imposible hacer este estudio aquí (además, nos saldríamos del objetivo de este ensayo). En este contexto de crisis de un régimen político-económico y de fallida transición a un más progresivo régimen político-económico se ha insertado triunfalmente el parasitismo ideológico de la reacción neoliberal.

Si la preparación de la doctrina económica neoliberal había sido muy larga como para permitirle trazar el perfil de una política económica alternativa al keynesismo, lo que le faltaba era un perfil antropológico que le permitiera interpretar estas tendencias profundas y, por ende, legitimarse y crear consenso. Por lo tanto, para delinear el componente antropológico de la ideología neoliberal hegemónica en Occidente a partir de los años ochenta no es suficiente buscarla en las obras de Friedman, von Hayek o de los ordoliberales alemanes; cabe dirigir la mirada a otro lugar. Regresando a Gramsci (1971), cuando no son “arbitrary, rationalistic, or “willed””, las ideologías poseen una ““psychological” validity”, porque estas ““organize” human masses, and create the terrain on which men move, acquire consciousness of their position, struggle, etc.” (p. 377). Estas no solo tienen un papel de guía racional para las decisiones políticas de los gobiernos, sino que sirven también para movilizar a las masas humanas, encarnándose en las prácticas de vida. Es por eso que, al interrogarse acerca de la transición en marcha en Estados Unidos, empezada con la introducción de los principios tayloristas, Gramsci individualiza en los lugares de la producción una fuente privilegiada para ver funcionar la ideología hegemónica; sobre todo en las fases de transformación, los lugares de producción crean un “new type of man” (ivi, p. 297). Al estudiar la reorganización de la producción a partir de los años ochenta, Boltanski y Chiapello individualizan un nuevo perfil antropológico hegemónico: el del “connexionist man” (p. 124).

Si en el capitalismo de los Treinta Gloriosos primaba un modelo de empresa gobernado por el principio de la integración vertical (es decir, de la internalización en una específica organización y al servicio de una específica estructura jerárquica de todas las actividades directa o indirectamente enlazadas con la actividad productiva), en la transformación del capitalismo empezada en los años ochenta predominó un modelo de empresa llamado reticular, en el que la relación entre las personas y las actividades productivas no está garantizado por lazos estables, sino más bien por una pluralidad de proyectos que vinculan previsionalmente a los contrayentes. Por lo tanto, el *new type of man demanded* por este modelo de empresa y de capitalismo debe ser capaz de crear conexiones temporáneas y reticulares, además de actuar, moverse e integrarse en estas. Para lograrlo es necesario que tenga espíritu de iniciativa y no que se pueda confiar en él a la hora de realizar una tarea repetitiva, que ponga en práctica las competencias relacionales y reputacionales, que considere el mundo como “a network of potential connections” (Boltanski y Chiapello, 2007, p. 114) y demuestre adaptarse a las circunstancias y al cambio. La identidad personal del hombre conexionista cambia constantemente. Este modelo antropológico “takes an element at the origin of the liberal conception

of property to its ultimate conclusion: connexionist human beings are the owners of themselves - not by natural right, but inasmuch as they are the product of a labour of self-fashioning” (ivi, p. 154). Su experiencia está dirigida al “self-fulfilment in the sense of discovering” de su “potential”. Aquí está la promesa de felicidad presente en el capitalismo neoliberal, la manera como este comparte la crítica a la unidimensionalidad del capitalismo de los Treinta Gloriosos.

Ese perfil antropológico no describe la condición de la mayoría de las personas en las sociedades occidentales (Boltanski y Chiapello lo esbozan a partir de la literatura para los gerentes, es decir, para un componente minoritario de la sola fuerza de trabajo); sin embargo, ha empezado a primar en primer lugar porque también los trabajadores comprometidos en empleos clásicos trabajan en empresas organizadas como una red y sufren las consecuencias de ese modelo organizacional; en segundo lugar, porque la lógica reticular no ha inspirado solo la transformación de la organización empresarial, sino también de muchos otros ámbitos de la vida social y política (la administración pública, los partidos y los movimientos políticos, etc.); por último, precisamente en virtud de la promesa de felicidad que contiene: apropiarse del código de conducta del hombre conexionario es una precondition para cada forma de inclusión en la vida social y política en época de neoliberalismo.

Conclusiones

El elemento progresivo sobre el cual el neoliberalismo ha construido su consenso reside en el haber insertado en el sistema capitalista la cuestión de las necesidades secundarias que, cuando se dio como cuestión de masas y de forma radical en el 68, había sancionado públicamente la erosión del modelo antropológico hegemónico en los Treinta gloriosos. Este elemento progresivo ha sido una parte minoritaria de un proyecto en su globalidad reaccionario: la satisfacción de las necesidades secundarias no ha sido declinada por el neoliberalismo en clave universalista y solidarista, sino competitiva, según el principio de que la satisfacción de las necesidades secundarias de cada cual es posible no junto, sino contra aquella de los demás. En el corto plazo esta declinación competitiva, que fundamenta la ideología neoliberal, en virtud de la promesa de felicidad que contiene ha legitimado la modernización reaccionaria neoliberal; en el largo plazo, precisamente porque la revolución pasiva neoliberal ha triunfado, ha contribuido a la erosión y a la compromiso de las conquistas económicas, políticas, sociales y jurídicas que las clases subalternas

habían conquistado en los Treinta Gloriosos (y que habían permitido a segmentos muy amplios de las sociedades occidentales de satisfacer las necesidades primarias).

¿Dónde está hoy aquella promesa de felicidad? Está sepultada debajo de los escombros de Lehman Brothers y de la crisis económica que ese fracaso generó. Una vez más un suceso trágico ha producido un *historical break*, y los grupos hegemónicos por un ciclo político de treinta años siguen proponiendo sus recetas de política económica y empleando sus instrumentos ideológicos, pero sin lograr generar consenso, ni gobernar los procesos en marcha. Nos hallamos en un nuevo *interregnum*, en el cual la revolución pasiva neoliberal ha acabado (por ya no saber generar consenso), pero no ha acabado el neoliberalismo, que sigue siendo dominante por detener aún los instrumentos de coerción. Si este *interregnum* lo cerrará una nueva y ulterior revolución pasiva o un ciclo político prevalente o integralmente progresivo dependerá una vez más del resultado de los conflictos políticos y sociales en marcha.

Traducción del italiano de M. Colucciello

Referencias

- Beck, U. (1986). *Risikogesellschaft Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Francoforte: Suhrkamp Verlag.
- Boltansk, L. & Chiapello, E. (2007), *The New Spirit of Capitalism*. Londra: Verso.
- Ferrara, A. (2018). Gramsci scienziato politico: la contesa del progresso. En M. Almagiusti; C. Bacetti y P. Graziano, *Introduzione alla politologia storica. Questioni teoriche e studi di caso* (pp. 109-138). Roma: Carocci.
- Gallino, L. & Ceri, P. (2014). *L'impresa responsabile. Un'intervista su Adriano Olivetti*. Torino: Einaudi.
- Gallino L. & Borgna P. (2012). *La lotta di classe dopo la lotta di classe*. Roma-Bari: Laterza.
- Gallino, L. (2013). *Il colpo di Stato di banche e governi. L'attacco alla democrazia in Europa*. Torino: Einaudi.
- Id. (2011). *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*. Torino: Einaudi.
- Id. (2009). *Con i soldi degli altri. Il capitalismo per procura contro l'economia*. Torino: Einaudi.
- Id. (2007). *Il lavoro non è una merce. Contro la flessibilità*. Roma-Bari: Laterza.

- Id.* (2005). *L'impresa irresponsabile*. Torino: Einaudi.
- Id.* (2000). *Globalizzazione e disuguaglianze*. Roma-Bari: Laterza.
- Id.* (1998). *Se tre milioni vi sembrano pochi*. Torino: Einaudi.
- Gramsci, A. (1995). *Further Selections from the Prison Notebooks*. London: Boothman D., Lawrence & Wishart
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. New York.: Hoare Q. y Smith G. N., International Publishers,
- Harvey, D. (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hobsbawm, E. (1995). *Age of Extremes, Age of Extremes The Short Twentieth Century 1914-1991*, London: Abacuc
- Lipset, S. M. (1960). *Political man. The Social Bases of Politics*. New York: Doubleday & Company.
- Maslow, A. (1954). *Motivation and Personality*. New York: Harper & Brothers.
- Revelli, M. (2015, november 15). Luciano Gallino, intellettuale di fabbrica, *il Manifesto*.
- Sklair, L. (2001). *The Transnational Capitalist Class*. Oxford: Blackwell.

